



Hacia y más allá de los pilares de Hércules: Integración y transformación de la destructividad en la psicosis infantil (caso Amine)*

Luca Quagelli

“Nec plus ultra: Nada más allá” del mito que dice que estas palabras fueron talladas por Hércules para señalar el límite más lejano e infranqueable del mundo conocido; el imprudente pasaje, más allá, del cual Ulises y sus compañeros terminaron sus “vuelos”, arrastrados por el mar y su sed de conocimiento.

El encuentro con el sufrimiento psicótico siempre implica el esfuerzo de crear/hallar con el paciente y para el paciente, el camino que nos permita sobrevivir a la extrema violencia de las olas de una manera creativa, sin dejar que nuestra necesidad opresiva de entender “mate” rápidamente la experiencia emocional emergente. Hallando nuestro camino en el mar embravecido, construyendo una balsa suficientemente sólida como para navegar hacia costas más seguras mientras evitamos que la división de tales espacios cerrados sea experimentada como una intrusión o que cualquier distanciamiento se sienta como desaparición. Todo esto es, a menudo, un desafío al límite de lo imaginable y soportable, al límite de lo imposible.

El tratamiento psicoanalítico estándar es como un cruce a bordo de un gran barco: a veces nos topamos con turbulencias y, a veces, es difícil dirigir el barco. Podemos experimentar pausas cuando no hay suficiente viento o podemos preocuparnos por chocar contra las rocas cuando la corriente fluye demasiado impetuosa o los huracanes amenazan con derribar las velas. Pero la mayoría de las veces, el barco demuestra ser lo suficientemente sólido como para enfrentar el viaje. El capitán-analista lo lleva de regreso al puerto, navegando a través de aguas a veces misteriosas que, sin embargo, siempre connotan algún

* Original en inglés publicado en *International Journal of Psychoanalysis*, (2019), 100:481-504, traducción autorizada por Taylor & Francis Group, <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/00207578.2019.1589379> . Traducido por Graciela de Luján García, Susana Merlo y María Pistani.



tipo de familiaridad. En la psicoterapia de la psicosis, por el contrario, la navegación tiene lugar en condiciones mucho más extremas. Debe preocuparse por el estado de las tablas que conforman el bote salvavidas en el que viaja: debe preocuparse por su capacidad de deslizamiento, su firmeza y su permanencia. Las cuerdas que unen los velos constantemente parecen estar a punto de romperse. Debido a las demandas violentas e impredecibles que se les imponen, no se puede garantizar su resistencia y su durabilidad. De hecho, como señala Winnicott (1954) en el encuentro analítico, la psicosis se caracteriza por la imposibilidad por parte del paciente, de reconocer a los demás y a uno mismo como individuos completos y diferenciados. El otro no se experimenta como otro sujeto; él o ella es un objeto subjetivo que debe encontrarse exactamente donde el paciente lo crea (presentación del objeto). Comenzar eso es como si el analista fuera llevado, en la transferencia, a representar a la madre primaria, por lo tanto, es inexacto. Debería decirse, más bien, que (desde la perspectiva del paciente) el analista es este ambiente-madre. La deficiencia de la función de simbolización del sujeto que conduce a la incapacidad de diferenciar entre el interior y el exterior, entre uno mismo y el otro, me parece la característica fundamental sobre la base en la cual se puede imaginar el funcionamiento psicótico en el entorno clínico. Esta falla está inscrita, en mi opinión, en un fallido encuentro con el objeto en el origen de la vida psíquica. Cuando el proceso de simbolización primaria (Roussillon) no puede tener lugar, el niño tiene la terrible experiencia de la discontinuidad del ser (un estado de desintegración, un sentimiento de existencia discontinuo) y la ansiedad que sobreviene, entonces, pertenece a una agonía. Estas tempranas experiencias dejan marcas en la psique de forma sensorial, inscripciones proto-afectivas crudas e indigeribles. Y vuelven en el tratamiento de la misma forma.

En este tipo de condiciones, dirigir el bote del tratamiento, un bote que más bien sugiere un naufragio, puede resultar una empresa bastante titánica. No hay ruta. No hay brújula. Las cartas náuticas se rompen donde comienza el cruce. En su lugar, está el vacío.

A menudo te sientes perdido, inútil, descalificado. Las aguas nunca son planas. Los vientos nunca dejan de soplar. El cielo solo anuncia huracanes y tormentas que dan la sensación, emocionante y terrible a la vez, que uno, en todo momento, está cerca del punto de ruptura. ¿Sobrevivirá la balsa la próxima ola? ¿Podemos rendirnos, incluso por unos minutos, al abrazo relajante de un suave mar ondulante? ¿Podemos alguna vez cerrar los ojos y soñar con otras historias y otros mundos, sin estar llenos de terror por el colapso de todo?

El timonel que decide mantenerse firme, mostrando una firmeza óptima junto con un toque de locura, a veces puede cosechar la recompensa de sus esfuerzos. La tempestad disminuye un poco, las tablas de repente parecen más resistentes. Las cuerdas aguantan.



Ocasionalmente, incluso uno puede darse el lujo de descansar unos minutos. La vida sigue llena de trampas, pero un camino comienza a abrirse. Algunas noches, acurrucado en mantas improvisadas, con algunos recursos que no estaban disponibles hasta entonces incluso uno puede quedarse dormido y tener un sueño.

Destructividad en busca de un continente

Amine era un niño psicótico de seis años, hijo único de una pareja que llegó a Francia desde el norte de África. Allí vivían en un lugar humilde y aislados. Cuando los conocí estaban muy angustiados. La mamá se presentó como alguien retirado de la vida, su tono de voz chato y sin afecto en el que hablaba, indicaba la profundidad de su depresión. El padre expresó su propia impotencia para criar a su hijo "él no podía entender" y con quien no lograba compartir momentos placenteros. Más tarde, descubrí que el papá también pasaba por momentos de gran depresión (más melancólica).

Amine había sido atendido durante un año por una terapeuta que se fue a vivir al extranjero en un Centro de salud mental infantil Médico Pedagógico. Ella me lo derivó y lo atendí en el mismo lugar, durante el primer año dos veces por semana y luego 3.

En el primer encuentro, Amine entró al consultorio y tiró al piso todo lo que encontró: abrió cajones, cajas y armarios. Agarraba todo lo que encontraba y lo revoleaba por el aire o contra las paredes ocasionando mucho ruido.

Después de unos momentos, le dije que estaba sacando afuera un montón de cosas nuevas y desconocidas para él, para que así le preocuparan menos, pero no tuvo efecto. Luego de unos minutos agregué que tal vez Amine estaba enojado porque este consultorio era distinto al de la analista anterior, la Sra Jay. Porque yo no era la Sra. Jay.

Ninguna de estas intervenciones provocó algún efecto en el niño.

Al contrario, la excitación aumentaba. Amine exclamó "Sí, genial", gritando cada vez más fuerte. Su cuerpo estaba extremadamente agitado y era como si no tuviera apoyo. No podía parar ni un minuto y las intervenciones literalmente lo atravesaban, pero sin impactarlo. Por un largo rato me sentí indefenso. Mi arsenal de interpretaciones "clásicas" hermosas había fallado completamente para ayudar a mi paciente. No me había permitido comunicarme con su nivel de pensamiento, alcanzar a Amine adonde él estaba.

Cuando el enésimo ladrillo impactó la pared, tuve una intuición: "Realmente es muy importante que yo sea bien sólido", exclamé dirigiéndome a Amine. Por primera vez desde el comienzo de la sesión, el niño paró y me miró con interés, le dije: "Acá en la terapia, podemos traer toda clase de ideas, aunque sean de destrucción... la terapia puede ser un



continente para todas estas ideas que son difíciles". Tomé un poco de arcilla para modelar e hice un contenedor para el último ladrillo y lo puse allí. Amine, lo miraba y se acercó, lo tomó, parecía tranquilo. Vio un pedazo de tela y me preguntó para qué era, le respondí que era para construir una choza. Amine respondió "¿Una choza? Hacela". La construí usando sillas y los armarios como paredes y la tela como techo.

Luego el niño me pidió que entrara, que cerrara los ojos ya que era la hora de dormir, apagamos la luz para que realmente estuviera oscuro. Amine tomó una sábana sobre la que se acostó y me dio un trozo de papel que había abollado diciéndome que era la mía. Me pidió que cerrara los ojos y sentí que el niño necesitaba probar si yo era capaz de tomar una posición pasiva que lo aterrizzaba tanto, sin ser destruido por esto. Así que cerré los ojos y esperé. Permanecimos extendidos uno al lado del otro en la choza. De repente se paró y me dijo: "Quédate aquí, no te muevas". Tomó un bowl con pedacitos de arcilla, encendió la luz y dijo: "Es hora del desayuno, comé, hice una torta."

Sentí que estaba siendo representado en la relación terapéutica, un intento de encontrar una forma muy primitiva de "sintonización" para construir un ritmo primario que organice y de significado a las alternancias entre dormir-despertar, hambre-saciedad, frío y calor, en el encuentro entre un bebé y su madre.

Yo estaba impactado, dudé y dije con tacto: "Realmente tengo que cuidarte bien"; el niño me pidió con determinación que me callara. Me di cuenta que habría tiempo para palabras más adelante, la mayoría de mis interpretaciones habían sido intrusivas y habían fallado en llegar al paciente. Por ahora había que aprender a jugar juntos.

Repetimos este juego hasta el final de la sesión hasta el momento de separarnos que fue extremadamente difícil. Volvió a tirar los objetos por el aire y contra la pared sin control y corriendo el riesgo de lastimar a ambos, hasta que propuse volver a entrar a la choza por última vez y así se pudo ir.

Al final de la sesión, me se sentía un poco aturdido, confundido y exhausto. Tenía la sensación de haber agotado toda mi energía, mis recursos, el cuerpo entero y mis emociones. Me sentía vacío, pero también sentí que era posible que Amine y yo nos encontráramos. Había sido una sesión difícil pero significativa. Me dije a mi mismo que podríamos hacer un buen trabajo juntos, aunque todavía no podía pensarlo desde una perspectiva teórica y a pesar de que la mayoría de mis interpretaciones imprevistas habían sido intrusivas y no lo alcanzaron. Era demasiado pronto para hablar, debíamos aprender a jugar juntos primero.



Irrupciones en el sentimiento de continuidad de la existencia

Durante las siguientes sesiones se repitió la dinámica de la primera. En algunos momentos era posible e intenso el contacto entre ambos y en otros, Amine parecía volverse impermeable a la relación. Algo irrumpiría en su psique tan frágil, algo completamente extraterrestre, impensable que, cada vez, llegaba con alaridos, llantos, gran agitación motora y lanzando objetos constantemente. Tenía movimientos que parecían evacuativos, como escupidas, yéndose tan lejos de sí mismo como fuera posible, y no una agresión dirigida hacia el terapeuta como un objeto – no yo diferenciado.

En estos momentos, me daba la impresión cada vez más clara que el contacto entre ambos se perdía literalmente, que se había constituido y significado en la transferencia, un quiebre en el sentimiento de continuidad de la existencia de Amine. Era como si su yo no pudiera experimentar alguna forma de acceso a la temporalización. Cuando le decía adiós al final de la sesión, agregando “hasta la próxima semana”, Amine decía “te veo mañana” o “te veo esta noche”, sin entender el significado de estas frases o del hecho de que no nos veríamos por un tiempo. Cuando los padres llegaban antes y tenía que esperar en la sala de espera, el significado de esta espera era completamente indiferente para él. Simplemente él estaba allí y yo no estaba inmediatamente disponible para él. El objeto subjetivo creado no estaba listo para ser encontrado.

En este punto, todavía no habíamos llegado al reino del deseo. Lidiábamos con una necesidad que debía ser satisfecha o nada. No había posibilidad de trabajar (Winnicott 1954). La ausencia no se podía pensar; a cambio, fue experimentada como un vacío, como nada.

Durante este período sólo pude verlo dos veces por semana, esta frecuencia inadecuada, considerando la intensidad de su sufrimiento, complicaba inmensamente la perspectiva de trabajar en la construcción de un sentimiento estable de continuidad del ser.

En lugar de eso, y no sin problema, la idea de la choza logró “sostener” e inscribirse en la historia de la relación. En los momentos más difíciles de la relación, yo sugería “¿Y si construimos la choza?”. Así Amine podía, cada vez, recuperar un espacio continente y tranquilizante: de acuerdo a la situación, podía contenerlo, contenernos a ambos o mantenerme a distancia cuando el encuentro y cercanía le resultaban demasiado terroríficos.

En un segundo período del tratamiento, Amine comenzó a preguntar cuando entraba al consultorio: “Pero, ¿adónde se fue la choza?” trayendo así la idea de un objeto-espacio externo que lo sostuviera y lo contuviera, aunque sea en parte, así también como el sentimiento doloroso de una continuidad psíquica que quedaba por establecerse. Esto expresaba la necesidad de un objeto que estuviera presente y fuera percibido en el afuera, en

la ausencia de uno interno formado suficientemente y diferenciado (en cuanto a representación).

Desde que el psicoanálisis se interesó en los contenidos psíquicos (fantasías, conflictos, objetos internos, etc.), el encuentro con pacientes como Amine, llevó a los psicoanalistas a preguntarse sobre el origen y las deficiencias de los continentes aptos para dotar a estos contenidos de forma y significado. A partir de los pensamientos originales de Bion (1962), varios autores como Bick, (1968) Anzieu (1985), Käes (1993), Houzel (2005) entre otros, han puesto en primer plano, manteniendo su propio marco teórico, el rol clave jugado por el objeto en la construcción y organización de la envoltura del sujeto en el origen de la vida psíquica. La confusa y caótica experiencia del bebé (el estado no integrado, diría Winnicott) requiere la presencia de un continente (objeto externo) para acomodar y transformar esta experiencia, desintoxicarla. En ese momento el infans se encuentra en un estado de absoluta dependencia o doble dependencia (Winnicott 1959) en el que sólo necesita a la madre (madre medio ambiente) para tener la capacidad de apropiarse de su experiencia. No es capaz de apreciar la dependencia porque aún no se ha desarrollado en el inconsciente la diferenciación entre el objeto y el self. En esta reflexión sobre las envolturas psíquicas y el yo-piel, D. Anzieu ([1985],2016) describe brillantemente los movimientos intersubjetivos e intrapsíquicos (el autor especifica doble anaclisis en el cuerpo actual y en la relación) que obtiene la internalización gradual del niño de la función continente de los objetos. Cuando este proceso falla, por razones que son demasiado complejas para exponer en detalle en este presente contexto, el analista es llevado a ocupar el lugar de la madre-ambiente en la transferencia. Así poder guiar al paciente para que organice una diferenciación estable entre el adentro y el afuera, y así poder estructurar un espacio interno en el cual la violencia de sensaciones y emociones experimentada pueda ser mitigada y elaborada.

En la primera época del tratamiento de Amine, empezó a tomar forma la organización de este continente, visto como una envoltura psíquica que pueda acomodar y transformar la perturbada problemática y dolorosa vida emocional.

Por meses, en el tratamiento hubo momentos en los que el vínculo se rompía y me sentía perdido e incapaz de comprender. Había otros en los que la conexión era primaria, sensorial, en un nivel no-verbal. A veces se iba del consultorio y trataba de entrar en otros, o quería abrir la ventana para saltar al patio que comunicaba. Podía sentir en mi cuerpo el peso de la dificultad extrema, el peso de su sufrimiento que probablemente me estaba pidiendo (en forma profundamente inconsciente) que soportara y tolerara "por él"; pienso que esto es lo realmente importante para atravesar estas etapas tormentosas del tratamiento juntos y que yo tenía que sobrevivir creativamente. La función fundamental de su

destruibilidad era un intento desesperado de construir la alteridad del otro y, por lo tanto, crear un vínculo. No era solamente un ataque al vínculo o una descarga libidinal. Sería un ataque sólo si el objeto, terapeuta, le permitiera ser destruido por este, retirándose de la relación o perdiendo su capacidad de crear (Winnicott 1969, Rousillon (1999,2011)).

Sobrevivir a la destructividad, no implica solamente permanecer "vivo" (disponible): Implica una posibilidad de transformación, una capacidad de trabajo psíquico que pueda permitir al sujeto volver interpretables las dinámicas terroríficas.

Un segundo episodio de esta clase ocurrió después de pocos meses de trabajo. Los momentos de desorganización era más distanciados usando ladrillos de plástico y hojas de papel. También introdujo autitos y figuritas sin lograr, sin embargo, asignarles roles o imaginar una historia. Cuando me di cuenta que les quedaba poco tiempo, me sentí triste y preocupado. No podría guardar su construcción ya que por su forma era imposible. Era algo muy precioso para él y no tenía sentido decirle que podría recordarla y reconstruirla la próxima sesión. Si el objeto desaparece de la percepción, no puede ser recapturado (aún) en la representación. Luego de pensar unos instantes, tomé mi teléfono celular y le dije a Amine: "Se nos está terminando el tiempo y ya tenemos que parar, siento que esta construcción es muy importante para vos, así que pienso que podríamos sacarle una foto. La imprimiré y la próxima semana cuando vengas la vas a encontrar en la carpeta donde guardamos tus dibujos".

Asintió, pero no estaba seguro de que el niño hubiera entendido mi sugerencia. Saqué la foto y se la mostré preguntándole si había incluido lo más importante. Amine la miró curiosamente por un momento, dijo "ok", y agregó que ahora podíamos dejar la sesión.

Él estaba tranquilo y, por primera vez, fuimos capaces de separarnos sin estallidos o excitación y sin extender la sesión por más tiempo que el asignado.

La semana siguiente, Amine entró al consultorio sacando todos los objetos de los cajones y armarios lanzándolos por el aire o contra las paredes. Sin embargo, se detuvo cuando vio la foto sobre su carpeta. Se acercó y la miró, parecía fascinado. La levantó y preguntó: "¿Yo hice esto?" Le recordé lo que habíamos dicho la sesión anterior y comenzó a construirla de nuevo: "Estoy haciendo una casa con los ladrillos".

La construcción quedó más bien algo tembleque y las piezas no se entrelazaban fácilmente. Algunas veces colapsaban y había que reconstruir la casa sin llegar al techo. Además, el volumen era resumido y el trabajo se limitaba a la fachada. Sin embargo, algo "sostuvo" y la posibilidad de unir una construcción con partes sólidas me pareció un importante progreso y lo puse en palabras.



En ese momento Amine tomó un ladrillo de plástico y lo presionó contra una pieza de plastilina. El ladrillo era rugoso y sus bordes atravesaron la pequeña pieza de masa fácilmente, sin dejar un hueco. Después de unos minutos, lo sacó, lo puso en la mesa y miró, fascinado, las marcas que había dejado el ladrillo que había sacado de la plastilina azul. Hubo un momento de silencio, que experimenté como precioso, una especie de silencio elaborativo; entonces el niño exclamó: "¡Mira! ¡¡ La huella, la huella!!"

Algo estaba empezando a dar un signo, a dejar un rastro en la psique de Amine. En la presencia del terapeuta-objeto que lo sostenía con su mirada y hacía que su psiche-soma estuviera dispuesto para él custodiando sus estados emocionales-sensoriales no diferenciados y crudos, el niño pudo comenzar a probar las dinámicas de la presencia-ausencia. Además, gracias al rol fundamental de estos medios maleables (plastilina, ladrillos, fotos), pudo explorar el significado de los procesos de separación y reunión. Al final de la sesión, cuando llegaron a la sala de espera y lo saludó como siempre "Te veo el lunes", sorpresivamente, Amine respondió mirándome con una expresión agonizante, bajó los ojos y dijo: "¿En serio, el lunes? Falta mucho".

Desapariciones

Unas semanas después de la sesión mencionada, el paciente estaba trabajando en la fachada de su casa de ladrillos cuando se le impuso una idea. Se levantó y sacó una jarra transparente de un cajón, una jarra que generalmente uso para pintar pero que ese día estaba vacía. La trajo a la mesa donde estaba ubicada su construcción y le puso un poco de plastilina. No modeló algo con forma específica, simplemente trató de empujar la masa hasta la base de la jarra y contra sus lados.

"Necesito agua, necesito ponerle un poco de agua." Dijo Amine con tono convincente.

"¿Agua"? le pregunté. "No podemos hacer de cuenta que tiene agua?"

"No, necesitamos poner un poco de agua de verdad".

Dudé. A pesar de mí mismo, por mi mente cruzaron imágenes de la habitación absolutamente arruinada por la plastilina que se había vuelto suave y pegajosa con el contacto con el agua. Dudaba, sabía que la destructividad del niño podía expresarse en un nivel que superara el reino de la fantasía. Se podía transformar en una destrucción "de verdad" y yo no estaba seguro si podría enfrentar la tormenta con tal violencia. No estaba seguro que pudiera ser lo suficientemente sólido para resistir el peso de un funcionamiento tan arcaico.

Me pregunté qué tan lejos podía llegar una psicoterapia. ¿Qué es el límite? Entonces pensé en un pasaje conmovedor en el que Winnicott dice que hay momentos en los que,



pacientes extremadamente enfermos, necesitan cambiar a un nivel más intenso de dependencia y, a partir de ese momento, el tratamiento se vuelve una cuestión de vida o muerte. Estos pacientes, como más o menos sugiere Winnicott, le preguntan a sus terapeutas si son capaces de aventurarse con ellos en aguas turbulentas. Si les responden que no, no guardarán rencor, pero deben decirlo.

Probablemente esto es lo que estaba experimentando en mi contratransferencia con estas imágenes tan vívidas e intensas. Para pacientes como Amine, es crucial que los terapeutas acuerden en ir con ellos, incluyendo las situaciones extremas a las que nadie se aventuraría con sujetos no tan frágiles.

Dudé y Amine pudo sentirlo. Era importante que sintiera como algo transmitido hacia él a un nivel inconsciente, el sentido de que yo estaba impactado por lo que estaba pasando, que se inscribía en mi psique, en mi cuerpo, implicando un complejo proceso de escucha que involucraba mi experiencia contratransferencial.

Decidí correr el riesgo. Todavía no sabía el significado de lo que estaba ocurriendo, pero me dije a mi mismo que esta capacidad negativa para tolerar la incertidumbre aventurándose en esos arcanos, peligrosos territorios en los que no sabemos qué podría pasar luego, consistía en uno de los requerimientos básicos para acceder a áreas profundas de tal sufrimiento psíquico.

Entonces, fui al consultorio de al lado a buscar agua y Amine esperó tranquilo. En otro momento, hubiera causado estragos en el consultorio.

El vínculo era fuerte. El continente había resistido.

Cuando volví con el vaso de agua, Amine lo tomó y lo volcó en la jarra y la cerró satisfecho. Permanecí en silencio y esperé. Sin embargo, me di cuenta que había un dibujo de un bebé en la tapa de la jarra, tuve una intuición y le dije: "Parece un bebé en la panza de su mamá". El niño respondió: "Vos sabés, la sra X (una colega que coordinaba un grupo al que pertenecía Amine) se está yendo. Hay un bebé en su panza".

La sesión estaba por terminar y sólo quedaba tiempo para agregar que nosotros también teníamos que irnos, pero que nos encontraríamos nuevamente la semana siguiente y, si él quería, podíamos hablar un poco más sobre esa idea tan importante. Amine puso la jarra cuidadosamente en el centro de su casa (además de la fachada, había también una base soporte que servía de piso) y nos fuimos a la sala de espera sin problemas.

Durante la próxima sesión, Amine levantó una caja que tenía elementos de madera y comenzó a construir una nueva "casa". Por primera vez, su construcción era tridimensional. Pasamos la sesión completa buscando una forma de lograr que las paredes quedaran paradas. Poníamos un ladrillo una vez cada uno y tenía que volver a colocar los del niño cuando no quedaban bien ubicados. Era como si hubiéramos estado esforzándonos por



estar sintonizados, rítmicamente, mientras al mismo tiempo, yo debía trabajar ajustando las intensas, excesivas emociones y sensaciones (los elementos de madera). Las paredes se caían regularmente y teníamos que volver a hacer todo otra vez. En varias ocasiones, Amine pudo expresar su enojo y agotamiento a través del tono de su voz, sus exclamaciones y sus: "Uh no, no otra vez".

T: "Es muy difícil construir algo sólido juntos"

Amine: "Siempre se cae...hagámoslo otra vez"

Luego de varios esfuerzos, logramos construir cuatro paredes sólidas y Amine me pidió que lo ayudara a hacer el techo con una hoja de papel. "Es la casa de la señora X", me dijo cuando la construcción estuvo lista. Tomó la jarra con el agua y la plastilina, cuidadosamente la puso en el centro de la casa.

T: "¿Está con su bebé?"

Amine: "Sí"

T: "¿Qué pasa con Amine entonces?"

Amine: "Ella debe cuidar a su bebé".

Parecía triste

T: "Es doloroso partir"

Amine: "Yo no me quiero ir"

T: "Tenés razón, pronto tendremos que partir y, por eso, la próxima vez que nos encontremos será nuestra última sesión antes de las vacaciones. Pero nos encontraremos nuevamente después. Yo estaré aquí".

Amine salió del consultorio corriendo sin aliento todo el camino hasta la sala de espera donde su mamá lo estaba esperando. Hablar de las vacaciones y de la separación era insoportable. El discurso y el pensamiento representativo enseguida daban lugar a la acción. Sólo podía irse rápidamente, rompiendo el continente que les había costado tanto construir.

La siguiente sesión era la última antes de las vacaciones de tres semanas y fue extremadamente difícil. Amine parecía estar acosado por una irrefrenable excitación. Tiraba los objetos por todo el consultorio, desparramó pedacitos de plastilina que estaban dentro de la jarra con agua que habían quedado de la otra sesión.

Le hablé sobre el sentimiento de sentirse abandonado y la bronca que esto genera. La terapeuta anterior se había ido para tener su bebé y yo también me iría de vacaciones. Amine necesitaría sus sesiones, su terapeuta, y a cambio, yo lo abandonaba. El niño escuchó por un momento y parecía golpeado por lo que le había dicho, pero su defensa maníaca rápidamente recuperó ventaja. Parecía como si, confrontado con la separación como una realidad, su yo ya frágil se hubiera desintegrado completamente. En lugar de



ajustarse a sus necesidades, de sostener su omnipotencia emergente, el ambiente (la madre ambiente) le imponía y demandaba un esfuerzo para simbolizar ausencia, para lo que él era absolutamente incapaz en ese momento. El objeto ya no estaba "a tono" con sus necesidades. La posibilidad de reunión era desconocida para el niño (o no representable). La separación era un corte en el vínculo, en la continuidad del ser, un abandono. Amine finalmente logró entrar a la choza que le había construido para él y su espacio envolvente nos ayudaba una vez más, al brindar una mínima función de sostén para su yo absolutamente desintegrado.

Cuando la sesión terminó y Amine dejó el consultorio, el espectáculo ante mis ojos era terrible. La plastilina se había pegado al piso, las paredes, el escritorio y aún mi ropa, yo estaba exhausto, con la energía agotada. Me dije a mi mismo que esta escena de destrucción, estas "ruinas" dispersas como muchas islas sin conexión entre ellas, fueran probablemente los únicos medios por los que Amine podía transmitir el estado de su psique enfrentando la separación/abandono.

Sin el objeto, el yo colapsó. O, más bien, probablemente reactivó elementos de un quiebre que ya había ocurrido, en el comienzo de la vida psíquica: el continente se rompió en pedazos. El contenido se desparramó por todos lados, sin forma, desfigurado. En lugar de transmitir los afectos insoportables, la identificación proyectiva trasladó material unido a sensaciones aún más arcaicas, sin forma, a estados corporales. Se volvió una destrucción "de verdad".

En este sentido, Amine no estaba atacando al analista o al setting. Estaba depositando la devastación de su espacio psíquico interno en el tratamiento, en el analista. Así, sería dotado de significado, el concepto de ataque requiere hacer una clara diferencia dentro del sujeto, entre self y otro. El ataque sólo es posible en tanto el otro sea reconocido como otro/sujeto. Por ataque, me estoy refiriendo a un impulso odioso dirigido a un objeto que es claramente identificado, claramente representado, como siendo diferente al sujeto. Winnicott (1969) discute esta cuestión largamente es un artículo innovador sobre el uso del objeto, donde demuestra el grado en el que la destructividad también puede servir como una función de comunicación, aunque pueda parecer paradójico.

Sensorialidad y diferencia

Después del descanso, Amine me saludó en la sala de espera con una gran sonrisa. El corrió a través del corredor que conducía a mi consultorio y paró súbitamente en frente del consultorio de su terapeuta anterior, de quien nunca habíamos logrado hablar antes y trató de entrar.



T: ¿Este era el consultorio de la Sra. J. tú la solías ver el año pasado? ¿Te acordás?

Amine: ¿A dónde fue la Sra. J.?

Le pregunté qué imaginaba él, pero su única respuesta fue salir corriendo, entrando en mi consultorio adelante mío.

Cuando entré al consultorio, para mi sorpresa, vi a Amine escondido debajo del escritorio. Yo dudé un poco, luego traté de organizar un juego de escondite.: "Amine, dónde te fuiste? No te puedo encontrar..." "Yo intentaba buscarlo en cada rincón del consultorio hablando continuamente. Pensaba que era esencial para él escuchar el sonido de mi voz, así creaba una clase de sonido envolvente que garantizara el sentimiento de continuidad del ser, para permitirle permanecer oculto. Como dice Winnicott (1963), es una alegría esconderse, pero es un desastre no ser encontrado.

T: "¿Amine, estas realmente aquí? Te busque por todos lados... Y aunque te vi entrar al consultorio... parece que desapareciste como la Sra. J. o como el Dr. Quagelli durante las vacaciones."

Amine: "Me volví invisible. "

T: "¿Invisible? ¿Pero verdaderamente estás aquí?"

Amine: "Sí"

T: "Uf, que alivio. Tenía mucho miedo de que hubieras desaparecido."

Continuamos con este juego por unos pocos minutos, luego Amine salió de su escondite, haciendo mucho ruido, y me dijo: "Estaba justo aquí! ¿No podías verme?" Entonces abrió un cajón del que escogió una caja de juguete de médico y comenzó a inspeccionar cada parte de mi rostro cuidadosamente. Parecía muy interesado por la textura de mi piel, por las sensaciones que surgían al tocarlo, pero también parecía muy ansioso. Es como si necesitara sentir que realmente era yo, que me había quedado igual, incluso después de tanto tiempo separados.

T: "¿Querés comprobar que estoy exactamente igual que antes de las vacaciones, que nada cambió en mi cuerpo?"

Amine parecía más aliviado. Se sentó en el piso y dijo: "Mira mi pierna. Me lastimé al final de la escuela, cuando salí."

Le contesté que nuestra separación durante las vacaciones fue dolorosa también, dolió. Amine se sacó un zapato, luego la media, y, acercándosela a la nariz, exclamó: "Que asco, es asqueroso. Apesta." Pensando en la sesión antes del descanso, le dije: "Aquí, en terapia, vos podés traer toda clase de ideas, también las asquerosas."

En ese momento, Amine presionó su pie contra mi pierna y gritó: "Mira, crecí, es enorme". Yo sugerí: "¿Como si fuéramos lo mismo?" Pensando que, este "crecí", contenía



un marcador temporal precioso que apuntaba a una transformación. Era muy importante, como un comienzo, para referirme a su gesto en términos de indiferenciación (superficies pegadas, que se superponen, convirtiéndose en una).

La única respuesta de Amine consistió en señalarme la pierna, y dijo: "Golpea." Una vez más, me preguntaba si estaba expresando una solicitud de ayuda relacionada con la diferenciación (una solicitud de un poco de violencia de separación que probablemente rompiera la fusión) o si, más bien, me estaba comunicando de este modo su ira (su ataque) contra mí por haber estado ausente. Decidí, nuevamente, privilegiar el registro más primitivo de funcionamiento. Entonces, comenzamos una secuencia (¿podría ser considerado como un juego?) en la cual cada uno de nosotros, por turno, disparamos pequeños golpes de intensidad variable cada uno en mi pierna o en su pie, siempre juntos, trabajando en las sensaciones que nos generaban y en la construcción del límite entre su propio cuerpo y el cuerpo del otro: "Aquí, yo siento el contacto con tu mano"; yo no siento nada aquí. ¿Qué te pasa a vos, que sentís?"; "Está mi cuerpo aquí?", "Está tu cuerpo allí..." Un tipo de ritmo co-construido se desarrolló rápidamente mientras experimentábamos una satisfacción compartida.

Este trabajo sobre sensorialidad y fronteras duró mucho tiempo y las secuencias fueron repetidas rítmicamente, con consistencia. En aquel momento, sentí que Amine no me sentía a mí como un objeto psíquico completamente separado, con emociones, sensaciones y pensamientos propios. Mi impresión, más bien, era que yo tenía la función de un doble para él, poniendo mi mente como un dispositivo, permitiéndole a él usarme, mientras introducía pequeños elementos de transformación, es probable que fomentara el trabajo psíquico al indicar algo relacionado con la diferencia.

El punto era sentar las bases que principalmente consistió en fundamentos corporales, sensoriales, emocionales y motores, hacia una integración psicósomática y a la constitución de una envoltura psíquica sólida y continente.

A pesar de todas las ansiedades que conlleva, la separación dio lugar a una forma primaria de pensar en ausencia (las preguntas acerca de la Sra. J, el juego de las escondidas). El trabajo realizado sobre la continuidad del sentimiento de existencia durante los meses anteriores permitió a Amine embarcarse en un valioso proceso de elaboración que se desarrollaba en algún lugar entre presencia y ausencia. Por supuesto, nos quedamos en el nivel corporal de las sensaciones, pero él podría comenzar a preguntarse sobre la estabilidad y el cambio, sobre qué pertenece al yo y a lo que no es yo; sobre la diferencia, en otras palabras, en la forma primaria de diferencia entre adentro y afuera, y sobre la reflexividad, en su forma naciente, es decir, el de sentirse uno mismo (Roussillon 2008).



Este tipo de trabajo sólo puede tener lugar en presencia de un objeto. Si se hubiera quedado solo, Amine no hubiera tenido forma de implementar este proceso vinculante, ya sea en relación con el otro/doble de sí mismo (intersubjetivamente) o con sus propias sensaciones (intrapsíquicamente). Lo que estábamos haciendo no consistía en la significación, *après-coup*, de algo que se generó durante la ausencia. La reunión con el objeto, el encuentro con éste, fue más bien, lo que provocó la posible elaboración de algo relacionado con la ausencia a través de su recuperación en la vida psíquica.

“Cuando era un bebé, lloraba todo el tiempo”

En el transcurso de los próximos meses siguientes, tuvo lugar un proceso intenso de elaboración de las experiencias de contacto y las sensaciones que surgen de ellas en la superficie corporal.

Un día, Amine tomó una muñeca y me dijo: “Mira, el bebé”. Trató de encontrar una posición adecuada para llevar al bebé en sus brazos, pero la muñeca se resbaló y cayó al suelo. Inmediatamente comencé a imitar el sonido de un niño llorando.

Amine: “¿Qué estás haciendo?”

T: “Bebé llorando”.

Amine: “Por qué haces eso?”

T: “El bebé acaba de caer, no está bien.”

Amine: “Pero no eres tú, es el bebé.”

T: “Si, estoy haciendo que el bebé hable.”

Amine me miró, algo perplejo y luego se detuvo, mirando pensativo. Percibí que podía sentir tangiblemente su esfuerzo extremadamente intenso, casi físico, mientras se esforzaba por comprender el significado de mi intervención.

Después de un momento de momento de silencio, volvió a levantar la muñeca y la apretó contra él con gran ternura. Fue muy conmovedor ver cuanta delicadeza mostraba al tratar de cuidar la muñeca, comprender como sostenerla y como mecerla. Fue muy impactante esa escena, me sorprendió hasta cierto punto y estaba a millas de distancia del niño que estaba causando estragos en mi consultorio, dejando escapar los gritos más diabólicos y parecía insensible a cualquier intento interpretativo. Cuando puse atención a mis pensamientos, traté de hacer vocalizaciones simples que imitaban los pequeños gritos que los bebés soltaban cuando estaban felices.

Amine: “¿Qué dice el bebé?”

T: “Está contento porque lo sostenes en tus brazos y lo estás cuidando.”



El hecho de que Amine pudiera aprovechar mi intervención anterior en la forma en que lo hizo me cautivó. Sentí que algo importante estaba en proceso de construcción desde la perspectiva de su potencial de simbolización. Algo estaba cambiando desde el nivel de contacto corporal a un nivel intermedio donde, con la mediación de objetos e imágenes, el pensamiento podría comenzar a apartarse de la dimensión concreta de la carne y aventurarse en el camino que conduce a la representación. A partir de ese momento, Amine y yo pasamos largas horas trabajando en el significado que podría darse a los llantos de un bebé, sobre los matices de los sonidos del bebé, de las intensidades y los tonos de la voz del bebé. Consistió en un tipo de trabajo muy distinto en el que el paciente se esforzó, con mucha tenacidad, por construir los vínculos entre este nivel "no verbal de lo verbal" y las sensaciones, afectos y estados corporales del bebé (dentro de él). Amine quería entender. Era como si, gradualmente, una serie infinita de inscripciones que habían estado dentro de él, en un estado sin forma y sin sentido, se despertaran en su vida psíquica, en la relación terapéutica. Fue un esfuerzo tremendo y a menudo me sentí agotado por esta demanda perpetua e insaciable. No podía hablar. Simplemente tuve que repetir, durante horas y horas, los sonidos, los pequeños chillidos, los llantos y las risas de un bebé.

Pero incluso durante las sesiones más difíciles, aún podía sentir claramente la presencia de un vínculo duradero fundamental que era cada vez más sólido y provocaba, a pesar de todo, el advenimiento, en el encuentro, de una experiencia de placer compartido (satisfacción).

La muñeca fue cambiada, acostada, alimentada. Las alteraciones del sueño y la vigilia, del hambre y la saciedad, junto con la dinámica entre el interior y el exterior, la presencia y la ausencia, esta última elaborada directamente en nuestros intercambios corporales durante las primeras etapas de la terapia, comenzaron a ser desplazadas sobre objetos que fueron investidos cada vez más como medios maleables.

Al mismo tiempo, algo relacionado con la dimensión histórica que se estaba representando en estas secuencias tan conmovedoras también comenzaba a ser cada vez más legible, poco a poco. Durante varias sesiones, cuando tuvimos que separarnos, Amine afirmó que no quería volver a la sala de espera porque su madre se había ido, ella no estaba allí para él. Inicialmente, interpreté estas asociaciones en la transferencia, vinculándolas con la tensión de la separación, con la sensación de que yo no era capaz de satisfacer sus necesidades y con el sentimiento de abandono que esto podía implicar. Pero esta escena se repitió insistentemente, hasta que tuve una intuición. Traté de hablar con él sobre la época en que era un bebé y sobre el hecho de que, dentro de él, podría haber un bebé que se sintió abandonado en el pasado. Amine respondió: "Cuando era un bebé,



lloraba todo el tiempo y no había nadie allí para mí, mamá y papá no estaban allí. Y también lloré cuando regresaron.”

Naturalmente, nunca sabremos cómo era la realidad (material). Como los lectores se pueden dar cuenta, mi relato clínico no incluye ninguna referencia directa a la historia del paciente.

Esto no solo se debe a preocupaciones por la confidencialidad. Decidí escribir el caso de este modo porque es precisamente en este contexto de “vacío histórico” que yo tuve que trabajar en mi encuentro con Amine. Verdaderamente, si, por su parte, el paciente había sido durante mucho tiempo incapaz de preguntarse sobre su propia historia, sus padres no pudieron proporcionarme muchos más detalles. Su sufrimiento era tal que, durante los dos años de tratamiento, discutido en este artículo, cada vez que me reunía con ellos, no podían ir más allá de un relato muy real, centrándose en la vida cotidiana, la escuela y las “crisis” de Amine (destruibilidad). Sólo mucho más tarde, cuando su hijo había cambiado considerablemente, fueron capaces los padres de comenzar a salir de sus respectivos estados de depresión y proporcionarme algunos elementos de su historia personal y familiar. Por razones de confidencialidad, no puedo transmitirlo. Pero parece importante destacar, en cualquier caso, que, incluso después de surgir de las inmensas molestias que los afligieron al comienzo del tratamiento de su hijo, no estaban dispuestos a darme una representación viva de su relación con Amine cuando era un bebé. Me parece que ese vacío histórico es una obvia evidencia del gran fracaso del encuentro que posiblemente subyace en la psicosis de este niño.

De hecho, esta es exactamente la razón por la cual la nueva capacidad de historización evocada por Amine en la sesión recién relatada es tan significativa: le permitió otorgar significado, por primera vez, a experiencias cuya figuración hasta ahora había sido imposible.

Señor Yo

Seis meses después, la simbolización de los sentimientos y afectos más arcaicos de Amine, junto con su peso de verdad histórica, siguió siendo el centro del escenario, pero, a medida que pasaba la semana, pude sentir con creciente claridad que su envoltura psíquica comenzaba a adquirir densidad y volúmenes adecuados. Las fronteras entre uno mismo y el otro estaban más definidas. El bosquejo áspero de un yo estaba finalmente en el proceso de emerger de la indiferenciación del yo primario. Era la primera sesión después de unas vacaciones de dos semanas y Amine, que entonces venía a verme tres veces por semana, me saludó en la sala de espera con grandes gestos con las manos.

Una vez que llegamos a mi consultorio, corrió y se escondió debajo de la mesa, y luego exclamó: "¿Qué tal jugar a las escondidas?"

Por primera vez, quería ser el que contara. Podía soportar cerrar los ojos y me hizo desaparecer solo por un momento a nivel perceptivo, a pesar de que se aseguró de decirme dónde debía esconderme. Si intentaba hablar, me hizo callar de inmediato: "No hables, sigue escondiéndote."

Ya no necesitaba esa envoltura de sonido que había demostrado ser tan crucial durante los meses anteriores para soportar una psique tan frágil. La ausencia ya no era experimentada como un vacío. Dejó de confundir el pensamiento de una manera tan totalizadora. Amine podía comenzar a estar "solo" en presencia del objeto. Podía comenzar a preguntarse sobre posibles "en otro lugar" donde yo podía estar (existir, como representación naciente) cuando no estaba con él.

Durante unos largos minutos, fingió buscarme en cada rincón del consultorio, en armarios, en cajones. En su forma de jugar, reconocí características de mis propios gestos, palabras y entonaciones de unos meses atrás. No fue una repetición mecánica y sin vida. Su "imitación" consistió, más bien, en el precipitado, similar pero no idéntico, de un largo trabajo psíquico de apropiación subjetiva que provocó la implementación de procesos de identificación.

Después de repetir el juego con él varias veces, decidí intervenir: "¿Dónde estaba el Dr. Quagelli durante el descanso? Debes haberlo buscado en todas partes. Fue muy largo." En ese momento, Amine tomó un bolígrafo y una hoja de papel y comenzó a escribir algo. Era la primera vez que lo veía escribir. Se esforzó por dibujar las letras de su nombre de pila. Luego se detuvo, como embelesado, admirando su conquista. "Mira, mira," me dijo en un estado de éxtasis similar al orgasmo del yo discutido por Winnicott (1958). Me llamó la atención esta nueva capacidad de inscripción, por este rastro dejado en el papel inmediatamente después de una puesta en escena de pérdida y reunión. La ausencia había comenzado a volverse generativa.

Amine tomó otra hoja de papel y dibujó una casa, con un personaje de pie junto a ella. "¿Qué es eso?" yo pregunté. "Es un señor," el respondió. "Un Dr. Quagelli?" "No, yo... yo escribiré su nombre." Y escribió, justo arriba del hombre "Señor Yo."

Parecía como si todas estas inscripciones sensoriales, afectivas y corporales en las que habíamos trabajado durante meses finalmente se unieran, dando nacimiento a un yo capaz de experimentar sus propios límites físicos y psíquicos. La separación le había dado la oportunidad de poner fin a la etapa más primitiva del proceso de diferenciación, para trazar un límite entre su propio cuerpo y el cuerpo del terapeuta-madre, lo que le permite decir



“yo soy” de una manera auténtica y encarnada al fin (Winnicott, 1958). Durante la siguiente sesión, Amine quería construir una nueva casa. “Yo construyo esta”, dijo, ¿la casa del Señor yo?” “Si, ya lo verás.”

Trabajó mucho y duro en su construcción, que terminó ocupando casi todo el consultorio. Usó todos los materiales disponibles hábilmente y me explicó que “la casa debe ser bastante sólida, definitivamente no debe haber ningún agujero.” Este niño, que apenas podía delinear una fachada hace un año y medio, ahora podía sentir la importancia de sus propios límites y desear proteger su integridad. Le preocupaba que la envoltura no se perforara o se pinchara.

Por primera vez, comencé a sentir la aparición, en la transferencia, de ansiedades de naturaleza más persecutoria. Si una almohada se caía o un trozo de tela se movía ligeramente, era una catástrofe y el agujero tenía que repararse de inmediato. La casa podría ser invadida. Una vez que se terminó la construcción, Amine me invitó a entrar con él. “Estamos bien protegidos aquí. Tu casa es realmente sólida, nos sentimos seguros.” Experimentamos brevemente una especie de retorno a un estado indiferenciado, como si ambos estuviéramos en un útero materno. Era un útero que podía soportar y nutrir. El bebé no se había quedado solo, el bebé no lloraba. El cuidado amoroso de la madre podría intervenir entre el individuo y el mundo, desactivando así la amenaza de desarrollar un funcionamiento paranoico organizado (Winnicott, 1952).

Un minuto después, Amine salió del “estado fusional” y exclamó: “Oh, ino! Olvide construir baños.” Este “otro lugar” cuya presencia había percibido durante la sesión previa estaba empezando a tomar la forma y, en su construcción, Amine podía pensar en la existencia de dos espacios, contiguos pero diferenciados, que se abren, simultáneamente, la cuestión del interior del cuerpo, los contenidos y las zonas de intercambio entre adentro y afuera. La dimensión intrapsíquica y la dimensión intersubjetiva se entrelazaron y se unieron, la evolución de una junto con el desarrollo de la otra.

Desde la destructividad a la ira

La emergencia de estos interrogantes transformó gradualmente el tratamiento. Por primera vez, Amine se interesó en una caja con animales de plástico. Tomó dos, el tigre y el león y los hizo pelear. Estas batallas eran violentas y aterradoras. El león y el tigre se rasguñaron un poco, se persiguieron y se lanzaron entre ellos. Amine dejó escapar gritos atemorizantes y la excitación le presentó el riesgo de interrupción y desorganizarse. Traté de decirle que esas batallas asustaban, que al león y al tigre les hubiera gustado encontrar una manera de llevarse bien, pero no pudieron hacerlo, no sabían cómo hacerlo. Pero esta



vez, Amine no parecía capaz de usar mi intervención para pensar. Comenzó a tirar todos los objetos en el consultorio, luego arrojó al tigre hacia el otro lado de la habitación y solo mantenía al león en sus manos.

Mirando al espacio sin rumbo fijo, estaba gritando sin aliento, sin poder detenerse. Cuando me encontré con la expresión de su mirada, recordé el largo período al comienzo de la terapia cuando la continuidad del ser desaparecía repentinamente y Amine comenzaba a arrojar todos los objetos que pudiera encontrar, sin ningún control sobre los movimientos de su cuerpo superado por una angustia que era a la vez desesperada, confusa y destructiva.

Por una fracción de segundo, temí la posible repetición de esta escena, pero mi paciente me sorprendió una vez más: "¿qué pasa? Estoy sin ideas. Quagelli, necesito muchas ideas", me dijo después de haber dejado de gritar repentinamente. Ante la amenaza de un colapso, ahora podía recurrir al objeto y pedir su ayuda. El trabajo no solo estaba ubicado al nivel del continente, lo contenido también se estaba volviendo cada vez más importante.

T: ¿Y si hacemos un biberón para el león?

Amine: ¡Oh! Buena idea, Quagelli, ¡hazlo!

Luego comenzó a imitar con su voz el llanto desesperado de un infante esperando su leche. Se había convertido en un bebé completamente dependiente necesitando una madre-ambiente que lo cuidara restaurando la envoltura atravesada por la excitación. Luego tomé un trozo de arcilla e hice un biberón, que le entregué al león para alimentarlo.

T: Mira pequeño bebé, acá está tu leche calentita

Amine: Soy un león que come chicos...no, Señores

T: ¿Comes señores Quagelli?

Amine: Si, eso es correcto

T: Los comes y así los tienes dentro tuyo para siempre, juntos siempre.

Inicialmente, Amine pareció aprovechar mi interpretación y eso lo calmó. Sin embargo, el final de la sesión llegó poco después y la separación fue una vez más insoportable.

Amine: No, no quiero irme. Quiero quedarme contigo todo el tiempo.

Y continuó tirando los objetos por todo el consultorio, contra la puerta, las paredes e incluso hacia mí.

T: Estás enojado porque ahora sabes que Mister Quagelli y Amine no son lo mismo. Cuando nos separamos te sentís abandonado.

Si la elaboración de la alteridad del otro es suficiente, incluso el uso del término ira, que implica la presencia de una transformación —aunque parcial— de destructividad en odio, puede comenzar a tener sentido.



Amine: Si, estoy muy muy hambriento. Estás en lo cierto, Quagelli, no voy a irme. Quiero estar aquí toda mi vida...Te odio, nunca volveré.

T: Cuando te vas estás asustado de no volver a verme nunca más.

Habiendo reflexionado un minuto, le sugerí que llevara el león y la botella con él a la sala de espera donde su madre lo estaba esperando. La introducción de un objeto que podría proporcionar una transición entre el interior y el exterior, entre la separación y la reunión, le permitió irse eventualmente.

Al finalizar la sesión, me sentí extenuado, mi energía psíquica agotada. Amine podía fluctuar entre períodos de dependencia absoluta y destructividad despiadada y períodos en los que él podía reconocer la otredad del otro y la necesidad del objeto para sentirse comprendido, períodos en los que la —cuasi mágica— comprensión de la experiencia podía ser reemplazada por la habilidad subjetiva de crear el mundo y dar paso a la ira porque el mundo no cedió a su omnipotencia. Estos dos registros se alternaban de repente y el cambio de uno a otro a menudo me tomó por sorpresa. No sabía qué podría desencadenarlo y mi adaptación a tal señal de duda exigía un compromiso, una calidad de presencia, tanto psíquica como corporal, que era casi absoluta.

El ataque

Durante las semanas siguientes, la elaboración del estado relacionado con el yo soy y la finalización de la integración psicósomática impulsaron el surgimiento de experiencias cada vez más impregnadas de un potencial persecutorio. Por lo tanto, Amine comenzó a observar, por ejemplo, que mis ojos eran "raros", "se veían ligeros rayos láser". Me preguntó en algunas ocasiones: "¿Pero por qué hablas así?" luego imitó mi acento, como pronuncié las palabras.

T: ¿hablo un poco extraño?

Amine: Si, asustas

Y corrió a esconderse debajo de la mesa envuelto en una sábana.

T: Asusto porque somos diferentes

Amine: Si, ¿cómo lo sabes?

T: ¿Como si pudiera leer tus pensamientos?

Amine comenzó a soltar gritos atemorizantes: "soy un lobo ... te estoy atacando".

T: Debes ser muy, muy fuerte para protegerte contra ese señor Quagelli que da tanto miedo.

Amine: Tengo que construir un ataque.



Luego encontró la jarra de vidrio que había sido tan importante durante los primeros meses de terapia, lo llenó hasta la parte superior con arcilla y luego agregó un tubo de ensayo de plástico transparente largo y estrecho en la parte superior de esta construcción. "Necesito mucha agua...

tiene que ir allí, en el tubo de ensayo ... el agua que habíamos puesto allí se ha ido. Fue hace mucho tiempo". Acepté su solicitud porque sentí que, en ese momento, no podía fingir y porque una vez más sentí el advenimiento de algo realmente fundamental para él. Era como si, a pesar del peso de su angustia, Amine hubiera sido impulsado por un impulso vital continuo y creativo, un impulso por existir y simbolizar que lo apoyó, cada vez, en la ardua tarea de dar forma a sus impulsos relacionados con el impulso, incluso los más explosivos ...

Amine: Aquí tienes, este es mi ataque

T: Un ataque con una gran cosa atrapada en el medio.

A: se ve un gran pito

T: ¿un gran pito lleno de pis?

A: tengo ganas de orinar en ti

T: esa es la ira que sientes; eso es furia porque puedes sentir que la sesión va a terminar pronto y cuando nos separamos, duele mucho por dentro. Te sientes abandonado

Podía sentir su ira en aumento. Amine comprendió su ataque y miró con ligereza que estaba a punto de lanzarme. Su enorme esfuerzo por no estallar de ira fue tan tangible que sentí que casi podía tocarlo. Tiró todos los objetos al suelo, furioso, pero logró proteger su construcción para poder volver a ella la semana siguiente. Antes de salir de la habitación, insistió en poner una "tapa" en el tubo de ensayo lleno de agua.

T: Estás haciendo un gran esfuerzo por controlarte, a pesar de que es muy difícil para ti.

A: Si, es muy difícil. Necesito mucha ayuda, Quagelli.

La terapia cada vez más exigente. La intrusión de ansiedades de Amine eran intensas y la ira resultante a menudo imparable. Amine se aferró a su ataque cuya construcción y transformación persiguió y la intercesión de los medios flexibles le permitieron promover los procesos de simbolización. Al usar una muñeca y plastilina, también nos unimos para preparar al bebé para orinar y hacer caca y comenzamos a hablar sobre el interior del cuerpo, sobre los fragmentos que se caen, sobre la pérdida.

De vez en cuando, cuando las ansiedades persecutorias se volvieron realmente insoportables, Amine repetía "Tengo ganas de orinar en ti", "tengo ganas de hacer caca en ti". Trabajamos en la diferencia entre imaginación y acción, pero pude sentir que la línea era muy delgada y, más de una vez, cuando teníamos que separarnos, me preocupaba que



podiera actuar. Salir de la habitación cuando se le acababa el tiempo era cada vez más difícil. Las sesiones se extendieron más allá de su tiempo en algunas ocasiones. Amine podía gritar previniéndome que diga algo. Era como si la idea de dejarme abriera un abismo muy profundo, y por ahora indescriptible, dentro de él. Sin embargo, fue un colapso de una naturaleza distinta en comparación con los que habíamos experimentado al comienzo del tratamiento. En ese momento no había más yo capaz de experimentar la experiencia como un estado subjetivo; todo lo que podría haber pertenecido al reino psíquico estaba completamente circunscripto y el único lenguaje disponible para expresar sus estados internos era el lenguaje del cuerpo y la acción.

En esta etapa posterior, por el contrario, la continuidad de la existencia no parecía tan gravemente amenazada como antes. Amine pudo llevar a cabo la experiencia de la separación como un estado más subjetivo, a pesar de que el dolor resultante permaneció tan profundo e insoportable que no pudo permitirse que lo tocara emocionalmente por cualquier razón. Para no romperse, su yo tuvo que defenderse hasta la muerte contra la ansiedad por el abandono, contra el miedo a experimentar la invasión y la violación de sus propios límites, contra el miedo a la retaliación. La exposición al vacío narcisista derivado del abandono habría sido letal. La única esperanza de simbolización surgió una vez más de la posibilidad de que pudiera soportar, en la contratransferencia, la violencia de sus impulsos y ansiedades relacionadas con el impulso, dándoles significado. El esfuerzo que me demandaba sostener este proceso de elaboración era tremendo. Emergía de estas sesiones sintiéndome vacío, cada vez más exhausto. Algunas veces pensé que su ira no terminaría nunca, no podría detenerse. Mis ideas, mis intervenciones, aparentemente nunca fueron suficientes para él. El hambre de Amine, era hambre por el objeto, pero era una forma de hambre tan atávica, una que había permanecido insatisfecha durante tanto tiempo que, a veces, la tarea que tenía ante mí parecía sobrehumana.

Soledad, retaliación y la construcción de límites

Todo esto continuó hasta una sesión extremadamente difícil durante la cual la situación se intensificó. Tan pronto como nos encontramos de nuevo, Amine me pareció especialmente angustiado. En el pasillo que conduce a mi consultorio, se quitó los anteojos y explicó que le estaban molestando. Eran nuevos. Pensé que lo que podría ser insoportable para él probablemente pertenecía a la nueva modalidad de vida y simbolizaba la experiencia que estábamos construyendo juntos tan vigorosamente, la conciencia de la existencia de un límite entre él y yo.



Una vez que entró al consultorio, se expresó sobre nuestras diferencias, que interpreté. Su ira era aún más intensa de lo habitual. Podía sentirme tambalear. Por primera vez, se quitó la "gorra" que se había puesto en su ataque y me arrojó el agua. Me llamó la atención, pero su ira realmente iba dirigida a mí. Con muchos problemas, pudimos hablar sobre lo que estaba permitido o no durante las sesiones, sobre las diversas formas en que podíamos expresarnos y transformar su ira. Amine tomó un muñeco, lo hizo sentar en la pelela y me dijo: "Mira, está haciendo caca". "¿Él también está muy enojado?" "Él está enojado contigo. Tengo ganas de hacerte caca". Y él mismo intentó sentarse en la pelela.

Me tambaleé. Le dije que podía imaginarse hacerlo, pero que no podía hacerlo "de verdad", pero si no podía aguantar, tendría que llevarlo al baño. Amine parecía que no se iba a mover. Un minuto después, alarmado, lo moví físicamente. Algo se rompió en mí y me llevó a actuar. Por primera vez en mucho tiempo, no estaba seguro de poder sostenerlo.

Amine probablemente sintió esta grieta y se puso aún más ansioso. El final de la sesión estaba cerca y luché por estar presente, vivo y creativo como el paciente podría haber necesitado que fuera. Cuando le dije que el tiempo se había terminado, se negó a irse. Esto continuó por mucho tiempo, por un tiempo cada vez más largo. Me quedé sin ideas. No sabía qué hacer. No pude establecer límites para él.

Me preguntó si podía construir una casa, y me explicó que podía ir a la casa por un minuto e irse a dormir y luego se iría. Estuve de acuerdo, más por agotamiento que por convicción, y nos recostamos juntos en la cabaña. "Es de noche, cierra los ojos". Unos minutos más tarde, parecía estar levantándose. "¿Es de mañana? ¿podemos ir ahora? Yo pregunté. "Cállate, no hables. No es la mañana todavía. Cierra tus ojos te dije". Ya no pude pensar. Me quedé en la casa, enojado y exhausto, con los ojos cerrados. Sin darme cuenta, me retiré de la relación.

Entonces, Amine se encontró en un estado muy diferente al del bebé que, solo "en presencia del objeto", puede preguntarse sobre los límites de su ser y sobre la diferencia entre uno mismo y el otro. Al retirarme de la relación, lo abandoné. Ya no estaba disponible para él. Estaba realmente solo.

Sentí un gran alboroto. Muchos objetos cayeron al suelo. Luego hubo un momento de silencio. Cuando decidí abrir los ojos, me quedé sin aliento ante la escena que tenía ante mí: en medio de la habitación, Amine estaba de pie, con las piernas rectas, orinando en los juguetes, con una expresión triunfante en su rostro.

Quedé petrificado por un minuto y luego me incorporé. La violencia de este gesto me obligó a salir de mi letargo. "Eso está absolutamente prohibido. Lo sabes muy bien. Si quieres orinar de verdad, debes ir al baño". Mi oposición a sus devastadores impulsos era



ahora tan firme que su mirada triunfante pronto se transformó en una expresión de miedo. Amine volvió a ponerse la ropa y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. "Es demasiado tarde, es demasiado tarde", me decía desesperado. Probablemente temía algún tipo de represalia de mi parte (ley del talión) pero también transmitió la profunda y aterradora impotencia en la que se había encontrado al experimentar la deficiencia temporal de mi capacidad de contención. Una vez más, múltiples niveles de funcionamiento alternados y superpuestos. Las deficiencias del objeto-terapeuta reactivaron ansiedades más primitivas que parecían (parcialmente) superadas para entonces; pero cuando el objeto-terapeuta volvió a estar disponible, Amine pudo "usarlo" para verbalizar su sufrimiento.

T: Por un momento sentiste que no estaba más aquí. Te sentiste abandonado, solo con tu ira. Llegué demasiado tarde.

Mi interpretación pareció calmarlo.

Después de llevarlo de regreso a la sala de espera, pasé mucho tiempo solo en la sala. Amine no estaba en condiciones de limpiar y, por lo tanto, dependía de mí hacerlo. Decidí no delegar esta tarea a los limpiadores porque lo que sucedió tuvo que permanecer confinado dentro del tratamiento, porque yo mismo me sentía demasiado frágil, demasiado afectado como para estar expuesto de manera tan inmediata y directa a la mirada y las preguntas de otros.

Mientras limpiaba el consultorio, traté de escuchar un sentimiento contratransferencial tan intenso e indescriptible, tratando de dotarlo de una forma psíquica inicial. Una confusión de emociones crudas e inextricables se apoderó de mí. Realmente sentí como si Amine me hubiera orinado. La ira que podía sentir era de tipo violento, aterradora y sin límites. Luego, el odio dio paso gradualmente a una especie de agujero negro que se devoraba dentro de una especie de núcleo melancólico de naturaleza corporal que es muy difícil de explicar en palabras, un exceso de vacío.

Me tomó mucho tiempo antes de que el pensamiento pudiera restaurar un poco de orden en esos efectos salvajes. Era la primera vez que me permitía sentir, con tanta intensidad, el alcance total de mi odio contratransferencial. A través de este acto radical y extremadamente violento pude identificarme con la brutalidad de los impulsos de Amine. De este modo esos impulsos me penetraron completamente, para que finalmente pudiera experimentar lo que él había estado experimentando durante mucho tiempo en cada sesión.

Al empujarme hasta el final de mi límite, haciéndome incapaz por un momento de presencia y creatividad, Amine me había demostrado lo imparable que podía ser la violencia de su ira. Había revelado cuánto necesitaba encontrar un límite en el exterior y cuán



aterrador encontraba la experiencia de un objeto inconsistente que era incapaz de detenerlo e incapaz de sobrevivir.

Cuando la ausencia de límites en el mundo interno se enfrenta a la ausencia de límites en el mundo externo, el sujeto se encuentra solo, enfrentando sus impulsos que se extienden como un incendio forestal, sin trabas, barriendo el yo. Como Winnicott entendió, la destructividad no es siempre una reacción a la frustración que surge de la conciencia de la alteridad del otro: es también lo que provoca la elaboración de esta alteridad. Cuando los procesos de integración psicosomática están lo suficientemente avanzados, el yo puede asumir gradualmente la responsabilidad de la violencia de sus impulsos, que comienza a percibir como internos. Esto solo puede ocurrir siempre que el objeto demuestre inicialmente su capacidad para sobrevivir creativamente a tal violencia. Solo cuando esto sucede puede el sujeto experimentar con éxito la existencia de un límite sólido y estructurante, con la seguridad de que su ira no es imparable. La responsabilidad de la ira contra el objeto (objeto de impulso)-madre (terapeuta) solo podía ser asumida, aceptada y elaborada en presencia de la madre ambiente (terapeuta) (objeto del narcisismo) que sostiene la experiencia sin retirada ni retaliación. La permanencia y el setting, la repetición (reiteración o continuidad) de las sesiones y la disponibilidad renovada —física y psíquica— del analista también tranquilizan al paciente con respecto a sus temores de represalias.

El primer sueño

Durante la siguiente sesión, volví a hablar con Amine sobre todo lo que había sucedido sobre su ira y la aterradora sensación de haberse encontrado solo frente a ella. Luego le dije que había traído algunos productos de limpieza y esponjas para que juntos pudiéramos limpiar el área del consultorio donde había orinado. Amine escuchó con mucha atención y aceptó comenzar a limpiar. En presencia de un objeto vivo y creativo, podía comenzar a asumir la responsabilidad de su ira. Entonces sugerí la creación de una señal de prohibición. El paciente me miró perplejo: ¿qué es? Tomé una hoja de papel y dibujé un gran "sin símbolo" y luego escribí: "No orinar de verdad en el consultorio". Cuando vio el dibujo, Amine volvió a enojarse. Agarró la hoja de papel, la arrugó y la arrojó en un gran recipiente cilíndrico en una esquina del consultorio. "Al cesto" (pero no arrojó el papel en el verdadero cesto que había antes en otras circunstancias). Un minuto después corrió por su propia cuenta para recoger la hoja de papel, la alisó un poco con las manos y me dijo: "también quiero hacer una". Puso el letrero en el escritorio, lo copió cuidadosamente e hizo uno idéntico que luego pegamos en la pared, asegurándose de que se pudiera ver claramente desde cada esquina de la habitación.



Cuando llegó el momento de irse, su ira recuperó la ventaja por enésima vez. Amine comenzó a tirarme juguetes y claramente tenía la intención de golpearme. "Eres malo, Quagelli. No quiero ir. No puedes decidir. Podemos quedarnos un poco más, ¿de acuerdo?" Le transmití que, si me pegaba, me lastimaría y esto también estaba prohibido. Luego le dije que no podía decidir y yo tampoco. La duración de las sesiones fue siempre la misma, era una regla del centro de día de salud mental que ambos tuvimos que cumplir. Amine no quería / no podía escuchar la razón. No pudo controlar su ira salvaje. Parecía indomable y me sentí impotente una vez más, incapaz de establecer un límite contra la ferocidad de sus impulsos. Pero a diferencia de la sesión anterior, estaba en contacto con mis afectos y estaba decidido a no abandonar a mi paciente, la terapia y a mí mismo ante esa ira que lo destrozó todo.

Como había sucedido a menudo en el pasado, surgió una idea que me rescató: "si no puedes salir de la habitación", le dije, "tendremos que llamar al director". Estábamos demasiado cerca; no pudimos separarnos y ponerles freno a los impulsos. La introducción de un tercero podría ayudarnos en la construcción de un límite que pudiera proteger y obtener la transformación creativa de los impulsos, lejos de su expresión directa contra el cuerpo del otro. Amine estaba sorprendido por mi afirmación, pero no aterrorizado por ella. De alguna manera, incluso pareció calmarlo: "Llámalo". No dijo esto de una manera desafiante. Casi parecía que sentía la necesidad de hacerlo. Fui a llamar al director y le pedí que simplemente declarara que, de acuerdo con las reglas del centro de día de salud mental, debíamos parar y volver a la sala de espera al final de la sesión. Cuando volvimos, encontramos a Amine jugando tranquilamente con figuritas. Cuando vio al director, bajó los ojos, lo escuchó atentamente y, sin protestar, regresó a la sala de espera donde encontró a sus padres.

Luego de la sesión, me quedé pensando a solas con mis preguntas. ¿Llamar al director realmente ayudó a Amine a construir un límite que lo protegiera y nos protegiera del flujo imparable de su ira? ¿o era, más bien, otro pasaje al acto relacionado con las represalias? ¿Lo ayudé a internalizar algo de una prohibición (la prohibición de tocar, según Anzieu), o mi acción logró algo más que exponer mi incapacidad para soportar y resistir su ira, transmitiéndole así que incluso en la terapia, él no encontraría un continente para sus impulsos más violentos? En otras palabras, ¿alenté la posibilidad de una transformación simbólica o simplemente induje una fractura en el yo que divide los impulsos crudos de las relaciones transferenciales? Me dije a mí mismo que la respuesta solo podía ser apres-coup.

Amine volvió luego del fin de semana. Parecía excitado, con ganas de transmitirme algo. Dio grandes pasos por el pasillo. me tomó de la mano, tirando de mí hacia adelante, debí apurarme. Luego, tan pronto como pusimos un pie en el consultorio, exclamó:

“Quagelli, tengo algo que decirte. Era de noche. Había un señor. Me estaba diciendo que no fuera asqueroso”. Había tenido un sueño por primera vez.

Conclusión

Han pasado dos años desde los episodios que acabo de contar y, desde hace algún tiempo, Amine y yo hemos estado navegando aguas mucho más tranquilas. Todavía hay momentos difíciles, especialmente cuando nos separamos, pero el límite que separa al yo del otro ahora parece sólidamente estructurado. Los estallidos de ira han sido reemplazados gradualmente por la aparición de sentimientos agudos de tristeza y culpa. En lugar de actuar, Amine ahora puede sentir, pensar y soñar.

Mi capacidad para sintonizar con el clima emocional de las sesiones, al resistir su intensidad violenta de manera creativa, fue instrumental en el establecimiento de los procesos de diferenciación e integración que provocaron la transformación y la apropiación de la destructividad primaria. Pero nada de esto hubiera sido posible si, a mi lado, Amine no hubiera librado una batalla tan asombrosa por su existencia, mostrando una vitalidad e intensidad apenas inigualables.

Durante una sesión reciente, después de casi cuatro años de psicoterapia, me dijo: “Quagelli, ¿sabes qué es la ira? Eso es cuando un príncipe está enamorado de una reina, pero la reina prefiere a otra persona.

Nada como la magia de la transformación psíquica.

Luca Quagelli

Psicólogo, Psicoanalista. Conferenciante de Psicología en la Sorbona, Universidad Norte de París. PhD en Psicoanálisis en la Universidad de París en 2018, con una disertación sobre “Los Procesos de Simbolización primaria y sus fallas”, basado en el trabajo clínico con niños y adolescentes psicóticos. Trabaja en un Servicio de salud mental público para niños y adolescentes en París.

Resumen

Basado en el material clínico detallado tomado de los dos primeros años de tratamiento psicoterapéutico de Amine, un niño psicótico de seis años, el autor muestra cómo se puede transformar e integrar la destructividad de las realidades clínicas más extremas en el curso de un tratamiento. Durante el primer período del tratamiento, el paciente no experimentaba la continuidad de existir y no podía controlar su cuerpo y acciones. En esta situación,



la destructividad de Amine era la única forma de expresar y comunicar la devastación de su mundo interno. La mente de Amine buscó un continente que pudiera recibir, tolerar y simbolizar su destructividad. Sólo a través de un proceso minucioso de elaboración en relación con la contratransferencia del analista se pudo superar este impasse. Finalmente, Amine pudo simbolizar a través de un sueño, el posible reconocimiento, aceptación e integración de las fronteras que justifican la existencia de la otredad.

Descriptorios: Estados psicóticos – Psicoterapia – Cuerpo – Contratransferencia - Dolor Psíquico - Violencia.

Para e além dos pilares da integração de Hércules e transformacao da disteutividade na psicose infantil (caso Amine)

Resumo

Com base em material clínico detalhado retirado dos primeiros dois anos de tratamento psicoterapêutico de Amine, um menino psicótico de seis anos, o autor mostra como a destrutividade das realidades clínicas mais extremas pode ser transformada e integrada no curso de um tratamento. Durante o primeiro período de tratamento, o paciente não experimentou a continuidade do existir e não conseguiu controlar seu corpo e suas ações. Nessa situação, a destrutividade de Amine era a única maneira de expressar e comunicar a devastação de seu mundo interior. A mente de Amine procurou um continente que pudesse receber, tolerar e simbolizar sua destrutividade. Somente por meio de um cuidadoso processo de elaboração em relação à contratransferência do analista esse impasse poderia ser superado. Por fim, Amine conseguiu simbolizar, através de um sonho, o possível reconhecimento, aceitação e integração das fronteiras que justificam a existência da alteridade.

Descritores: Estados psicóticos, Psicoterapia – Corpo – Contratransferencia - Dor Psíquica - Violencia.

Towards and beyond the Pillars of Hercules: Integration and transformation of destructiveness in child Psychosis (the case of Amine)

Abstract

Based on detailed clinical material taken from the first two years of psychotherapeutic treatment for Amine, a six-year-old psychotic boy, the author shows how the destructiveness of the most extreme clinical realities can be transformed and integrated in the course of a treatment. During the first period of treatment, the patient did not experience the continuity of existing and could not control his body and actions. In this situation, Amine's destructiveness was the only way to express and communicate the devastation of his internal world. Amine's mind searched for a continent that could receive, tolerate and symbolize his destructiveness. Only through a careful process of elaboration in relation to the analyst's countertransference could this impasse be overcome. Finally, Amine was able to symbolize, through a dream, the possible recognition, acceptance and integration of the borders that justify the existence of otherness.

Descriptors: Psychotic states; Psychotherapy – Body – Countertransference - Psychic Pain - Violence.

REFERENCIAS

- Anzieu, D. [1985] 2016. *The Skin-Ego*. Translated by N. Sigal. London: Routledge.
- Bergstein, A. (2015). Attacks on Linking or a Drive to Communicate? Tolerating the paradox. *The Psychoanalytic Quarterly* 84 (4): 921-942.
- Bick, E. (1968). The Experience of the Skin in Early Object-Relations. *International Journal of Psychoanalysis* 49: 484-486.
- Bion, W. R. (1962). *Learning from Experience*. London: Tavistock.
- Green, A. ([1993] 1999). *The work of the Negative*. Translated by A. Weller. London: Free Associations Press.
- Houzel, D. (2005). *Le concept d'enveloppe psychique* [The Concept of Psychic Envelope]. Paris: Edition in Press.
- Kaes, R. (1993). *Le groupe et le sujet du groupe* [The Group and the Group's Subject]. Paris: Dunod.
- Roussillon, R. (2008). *Le transitionnel, le sexuel et la réflexivité* [The Transitional, the Sexual and Reflexivity]. Paris: Dunod.



- _____. ([1999] 2011). *Primitive Agony and Symbolization*. London: Karnac Books.
- Winnicott, D. W. (1952). *Psychoses and Child Care. Through Paediatrics to Psycho-Analysis*. London: Tavistock. 1958.
- _____. (1954). *Metapsychological and Clinical Aspects of Regression within the Psycho-Analytical Set-up. Trough Paediatrics to Psycho-Analysis*. London: Tavistock. 1958.
- _____. (1959). *Classification: In there a Psycho-Analytic contribution to Psychiatric classification? The Maturation Process and the Facilitating Environment: Studies in the Theory of Emotional Development*. London: Tavistock. 1965.
- _____. (1963). *Communication and not communicating Leading to a Study of Certain Opposites. The Maturation Process and the Facilitating Environment: Studies in the Theory of Emotional Development*. London: Tavistock. 1965.
- _____. (1969). *The Use of an Object and Relating through identifications. Playing and Reality*. London: Tavistock. 1971.